



PEDRO ÁNGEL PALOU



**Teoría de la desilusión**



---

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COLECCIÓN VOZ VIVA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers  
*Rector*

Jorge Volpi  
*Coordinador de Difusión Cultural*

Rosa Beltrán  
*Directora de Literatura*

Carolina Domínguez  
*Voz Viva*



VV - 141

Primera edición en CD, septiembre 2019

DR © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México,  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán. C.P. 04510,  
Ciudad de México.

ISBN de la serie 970-32-2744-9

ISBN 978-607-30-2437-2

"Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales."  
Impreso y hecho en México.

---

PEDRO ÁNGEL PALOU

**Teoría de la desilusión**

Presentación  
Vicente Alfonso



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Fotografía de Indra García.

**Pedro Ángel Palou.** Nació en Puebla, en 1966. Polifacético autor (de más de cuarenta libros) que lo mismo ha escrito cuento (*Música de Adiós, Amores Enormes*, Premio Jorge Ibarguengoitia, *Los placeres del dolor*) que ensayo (*La ciudad crítica*, Premio René Uribe Ferrer, *La casa del silencio*, Premio Nacional de Historia Francisco Javier Clavigero) y novela (*En la alcoba de un mundo, Paraíso Clausurado, Con la muerte en los puños*, Premio Xavier Villaurrutia 2003 entre otras muchas otras, así como la trilogía Muertes históricas compuesta por *Zapata* (Finalista del Premio Rómulo Gallegos 2005), *Morelos, morir es nada* y *Cuauhtémoc, la defensa del quinto sol*. Su más reciente novela es un thriller policiaco, *Todos los miedos*.



Fotografía de Liliana Olmedo.

**Vicente Alfonso.** Nació en Torreón en 1977. Es autor de las novelas *Huesos de San Lorenzo* (Tusquets, 2015) y *Partitura para mujer muerta* (Mondadori, 2009) ha obtenido, entre otros, el Premio Internacional de novela Sor Juana Inés de la Cruz y el Bellas Artes de Crónica Literaria.

Ha sido traducido al italiano, alemán, griego y turco. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México.



---

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

DE LA DESILUSIÓN Y SUS VARIANTES

Vicente Alfonso 9

DEL LIBRO *EN LA ALCOBA DE UN MUNDO*

I. (DE UN CUADERNO DE VIAJE) 19

DEL LIBRO *PARAÍSO CLAUSURADO*

II. 33

DEL LIBRO *EL IMPOSTOR*

I. 47

---

DEL LIBRO *MAR FANTASMA*

*CUATRO NOVELAS BREVES*

PRIMER CUADERNO DE NOTAS

I.	63
II.	65
III.	67
IV.	69
V.	71
VI.	73
VII.	77



## PRESENTACIÓN

### De la desilusión y sus variantes

Vicente Alfonso

Entre los lectores existe consenso en torno a una idea que Daniel Sada expresó así: “Pedro Ángel Palou es muchos autores en uno”. No podría ser de otro modo: con más de cuarenta libros publicados, veintiséis de ellos novelas, Palou es uno de los autores más prolíficos del México actual. Es también uno de los más diversos. A primera vista todo en la vida de este autor tiende a la multiplicidad: ha sido chef, actor de teatro, vendedor de ropa, conductor de televisión, rector universitario y árbitro de fútbol. Lo que más sorprende es que en su momento haya logrado compaginar estas actividades con una doble vocación de escritor y académico que le ha llevado a obtener un doctorado en Ciencias Sociales por El Colegio de Michoacán además de varios doctorados *honoris causa* por parte de universidades de América Latina. Hoy vive cerca de Boston, es profesor en

---

TUFTS University y da clases en Middlebury College durante los veranos. En el terreno literario ha obtenido premios como el Xavier Villaurrutia y el Jorge Ibarguengoitia, además de ser finalista de galardones como el Rómulo Gallegos y el Planeta-Casamérica. Quizá por esta riqueza de oficios, el catálogo de sus personajes incluye lo mismo a un detective jesuita dedicado a ayudar refugiados iraquíes en Jordania que a una reportera desempleada decidida a llevar hasta sus últimas consecuencias una investigación sobre trata de personas en México. Al cuadro pueden agregarse personajes de nuestra historia —Zapata, Cuauhtémoc, Morelos, Lázaro Cárdenas— así como estudiantes de literatura, directores de orquesta, impensables equipos de futbol e incluso matones a sueldo importados de otras novelas, como es el caso del capitán Filiberto García, de *El complot mongol* (1969) de Rafael Bernal, quien irrumpe en las páginas de *Tierra roja* (2016). Pero la diversidad de Palou no sólo se refleja en sus personajes, también se nota en las estrategias con que sus libros han sido forjados, pues entre sus novelas hay lo mismo relatos históricos que *thrillers* en toda regla, novelas eróticas e incluso desopilantes farsas.

---

En este caso, no obstante, diversidad no significa dispersión. Ya en 1991, año en que apareció la primera novela de Palou, Guillermo Samperio señalaba en la cuarta de forros que la diversidad de tonos y registros caracterizaba la escritura del joven autor, pero también insistía en que aquella construcción imaginaria estaba marcada por *el desaliento del triunfo*. A pesar de ser el primer intento de un joven veinteañero, la novela destaca por la madurez con que está escrita. Titulada *Como quien se desangra*, es protagonizada por Álvaro, comandante del frente sandinista que ha caído prisionero de la contra y espera a ser ejecutado por el Gordo Valdivia, en otro tiempo su mejor amigo. Cuando hablo de madurez no me refiero sólo a la prolija construcción de la voz narrativa, que evoca el habla nicaragüense de la época, sino a la consciencia —casi insólita a los veinticinco años— de que la vida tiene giros insospechados y no siempre es fácil mantenerse en equilibrio sobre la cuerda floja de la congruencia. “No hay nada más estéril para la vida revolucionaria que el creer que se es dueño de la verdad”, leemos en la página 62. Aunque al hablar del *desaliento del triunfo* Samperio se refería al dilema ético que cimbra a los personajes del

---

relato, de alguna manera el comentario prefigura ya una de las obsesiones literarias del autor poblano, aquella que sirve como eje a toda su creación novelística: la desilusión y sus múltiples variantes.

En el prólogo de *Mar fantasma* (2016), tetralogía de novelas breves reeditadas con ocasión de su cumpleaños número 50, Palou sostiene: “He dicho, con plena consciencia, que un novelista escribe un solo libro a lo largo de los variados volúmenes que urde. El mío es el de la desilusión amorosa, política, de la amistad, la religiosa como exploración de los límites del iluso, del fánático, del loco”. Así, no es extraño que haya decidido llamar *Teoría de la desilusión* al conjunto de fragmentos que hoy nos entrega.

### **El encuentro imposible**

La obra de Palou está llena de personajes que se decepcionan: a veces de sí mismos, a veces de los otros: parejas a las que les resulta imposible convivir, alumnos que deben hurgar en el oscuro origen de sus maestros, religiosos que renuncian a su credo, ex militares que ante el nulo estado de Derecho

---

deciden hacer justicia por propia mano. En ese universo de relaciones no deja de llamar la atención una dupla que, con variaciones, reaparece en varias de sus novelas: la del maestro en edad madura que transmite sus secretos a un joven aprendiz. Sin ir más lejos, en los fragmentos que conforman esta selección aparecen Gavito y su alumno Eladio (de *Paríso clausurado* [2000]), Timoteo y sus diferentes tutores hasta llegar a San Pablo (de *El impostor* [2012]), así como la muchacha del cuello largo y el pintor del mundo flotante (etéreos personajes de *La profundidad de la piel* [2009]). Así, aunque existen muchas otras dinámicas entre los habitantes de las novelas de Palou, me interesa destacar ésta porque, al contarnos los complicados vínculos entre un cincuentón desencantado y su entusiasta aprendiz, el autor nos hace ver que sólo un elemento distingue a uno de otro: la *experiencia*. Si algo enseñan los años es que no hay absolutos. Todo debe tomarse con reservas.

“La literatura es experiencia, sólo experiencia”, comprende Eladio a partir de la convivencia con su maestro en *Paríso clausurado*, en una conclusión similar a la que llega la joven pintora de *La profundidad de la*

---

*piel* cuando evoca su temporada de estudios en Kioto. “No hay más que experiencias, todo el día” les dice el instructor a los jóvenes sandinistas que suben a la montaña a entrenarse en *Como quien se desangra*, y eso mismo es lo que busca el joven Xavier Villaurrutia de *En la alcoba de un mundo* (1992) cuando viaja a Yale para aprender arte dramático (quiere “experiencias, vidas, textos, acciones”). Así, para los personajes de Palou la experiencia resulta lo opuesto a la ilusión: si esta última es expectativa, aquélla significa aprendizaje.

### **La duda como verdad perfecta**

Como demuestran los fragmentos elegidos por el autor para estas grabaciones, no pocos entre sus personajes son artistas: poetas, pintores, directores de orquesta y sobre todo, novelistas. La razón es que, además de abordar conflictos humanos, a menudo sus libros contienen lúcidas reflexiones sobre el arte de narrar. Así, por ejemplo, en el primer capítulo de *Paraiso clausurado* nos enteramos de que a sus cincuenta y dos años el profesor Gavito es un poeta importante que ha publicado dos libros

---

elogiados por la crítica. A su modo, Gavito también es víctima del desaliento del triunfo, quizá por ello decide abandonar la poesía para imponerse el reto de escribir una novela, a sabiendas de que se interna en territorio inexplorado: “las ideas del novelista no nacen de la certeza, madre de todos los aniquilamientos creativos, sino de la duda, hermana mayor del conocimiento. Por eso, más que una verdad, toda novela afirma una hipótesis”.

Ocurre lo mismo con el narrador-protagonista de *La profundidad de la piel*, reconocido director de orquesta que decide no volver a dirigir ni a componer para dedicarse sólo a transcribir viejas partituras. Y a su modo Ignacio Gonzaga, el detective jesuita que investiga los crímenes en *El dinero del diablo* (2009), también vive esa desilusión: desencantado del estilo de vida de sus padres, quienes le heredan una fortuna que bastaría para asegurarle éxito social y financiero, Gonzaga da un golpe de timón y se embarca en una vida austera pero no exenta de retos y de riesgos.

Así pues, podríamos hablar de que en la literatura de Pedro Ángel Palou existe una poética del reto. Basta estudiar las complejas estructuras

---

de *Paríso clausurado*, *Todos los miedos* (2018) y *Tierra roja*, por mencionar sólo tres de sus novelas, para darse cuenta de que el autor asume el arte de narrar de la misma manera en que lo hacía André Gide: como la resolución de una serie de problemas progresivos. Y tal como le ha ocurrido a sus personajes, la constante imposición de desafíos literarios se ha traducido en un cúmulo de experiencias profundas: a veintiocho años de la publicación de su primera novela, sus libros acusan una soltura envidiable, un certerísimo manejo de la carpintería narrativa, una vasta constelación de referencias (literarias, musicales, históricas, filosóficas) y sobre todo un ojo ya muy entrenado para bregar en los conflictos del alma humana.

Pedro Ángel Palou ha cumplido cincuenta y tres años. Eso significa que aquel joven que publicó *Como quien se desangra* hoy es mayor que el venerable profesor Gavito. Sus libros son un éxito entre los lectores y frente a la crítica, y se han traducido al inglés, francés, coreano, italiano y portugués. Pero aunque está en edad y en condiciones de ser considerado maestro y no aprendiz, Palou no se duerme en sus laureles y se impone nuevos retos, proyectos cada vez más ambiciosos. Acaso sabe que es la única manera de

---

conjurar el desaliento del triunfo. Acaso sabe que en aquella frase acuñada por Samperio también puede atisbarse, cifrada, una maldición: el de novelista es un oficio que, una vez dominado, deja de interesar a quien lo ejerce.



---

DEL LIBRO *EN LA ALCOBA DE UN MUNDO*

I. (DE UN CUADERNO DE VIAJE)

New Haven, 29 de octubre, 1935

Hay que perderse; es preciso hacerlo para dar al fin con uno mismo.<sup>1</sup> Ni escribir, ni leer: un único viaje inmóvil alrededor de esta alcoba habitada por la sombra. Travesía sin nombre que se tornará búsqueda, indagación, pacto. Un preámbulo necesario. Ni un pensamiento, ni un movimiento. Renunciar incluso a la charla o a la comunicación epistolar y por una especie extraña de amor propio, ir entrando a una lucidez sólo comparable con el sueño. Sin barreras, ese lugar nulificará diferencias entre vida y muerte, entre el yo y el otro que me persiguen, impidiéndome ser.

<sup>1</sup> Este cuaderno, los diarios, entrevistas y reportajes (e incluso textos de ficción apócrifos, cuyo narrador ingenuamente se exhibe) irán apareciendo a lo largo de esta primera parte ubicada entre la segunda y la cuarta décadas del siglo; fueron compilados para hacer más amplia la visión sobre Xavier Villaurrutia. Tantas veces como sea necesario se interrumpirá el fluido del texto para aclarar. El que junta no escribe, no interpreta; sólo le está dado reordenar. [T.]

---

Me rodea un silencio atroz que algo tiene de hermoso. Empiezo a acelerar mi respiración —consciente de ello— para vencer el miedo de estar solo. Oírme y de esa forma desprender mi cuerpo del otro ser vivo, cambiante que llevo dentro.

Este insomnio desespera, vence.

Y en la tumba del lecho sigo siendo una estatua; grito para no sentirme vacío, pero esa voz ya no es mía y todo el ser huye de mí, para poseerse desde fuera. El sueño enmudece. Aguzo el oído y escucho en el cuarto de al lado la ronquera acompasada de alguien que se entrega al sueño despiadadamente, ¿liberándose?

Los brazos del amante en la memoria son polvo, son mar; hieren la soledad de mis axilas sudorosas. El recuerdo de ese cuerpo me despierta a esta desnuda noche —larga y cruel— que ya no es noche. Junto a un cuerpo nunca más mío. Nada sino hueso, hueco. Abro los ojos y la sombra es más dura, más extraña. No puedo dejar de moverme inmóvil detenido sobre este mundo en el que todo ha muerto.

---

En el insomnio, en la noche, en este terrible silencio, como decía Wilde, *el dolor es un instante inmenso*. Sería mejor, mucho mejor y más hermoso, viajar para no llegar. Salimos de Veracruz en la tarde, con un tierno tiempo bello que acentuaba el rojo diluido del horizonte. El barco patinaba en la arena azul de desierto/mar tranquilo hasta la desesperación: uniforme y desposeído, sin olas.

Salir de México, acceder a la travesía, al océano abriéndose absoluto, distante, único, no representó ninguna impresión en mí. Ni siquiera se me quedaron grabadas imágenes concretas.

Sólo el dolor es memorable.

Sólo se recuerda la soledad.

Con la llegada a Nueva York empezaron los problemas. Ésta no es una ciudad sino una selva moderna, me decía al atravesar un puente iluminado y ver los rascacielos alineándose como amantes sin consuelo. Formas fáciles, solitarias. Todo esto acentuó una depresión que no deja de ser angustia, terror a lo desconocido, a este viaje ya no inmóvil sino real, tangible. Nunca haber salido de México, optando más bien por una estética de lo

---

estático y ahora aquí, dispuesto a ser otro, alejado de mí mismo —de todo lo que soy—, sin libros, sin casa, sin diversiones. Apenas algún amigo y Rodolfo,<sup>2</sup> que me acompaña y comparte este desencuentro atroz.

Conseguimos un hotel lindo, cómodo ¡nada de Waldorf! Una pequeña casa con menos de veinte habitaciones. La nuestra fue una buhardilla pequeña, íntima. Apenas cabían las dos camas con una mesa de noche de encino en medio. Bajo la ventana una mesita y dos sillas. Encima una lámpara *art nouveau*, con una tulipa color turquesa en medio; era un ángel apoyado en un arbusto pequeño. El sueño nos venció rápidamente; recuerdo que conversamos sobre el viaje y luego Rodolfo cayó en los brazos de la noche antes que yo.

Y es que me faltaba ordenar un poco la mente. Esa que me permite a veces vivir, que se revuelve, revuelca, revolotea. En la mañana la primera frustración: el agua helada apenas permitió que nos bañáramos. Siempre recordaré ese hotelito mitad novela y mitad desolación; nunca se me olvidará el agua fría contrastando con la íntima recepción del ángel sobre

<sup>2</sup> Se refiere a Rodolfo Usigli (1905-1979); ambos recibieron la beca de la Fundación Rockefeller para estudiar composición dramática en Yale, entre 1935 y 1936. [T.]

---

la mesa y el tapiz de flores pequeñas y naranjas. Después de desayunar unos huevos con jamón que tampoco eran apetecibles y un par de cafés muy cargados, éstos sí excelentes, un viejo Packard azul nos llevó a la universidad, a Yale, ese gótico tan moderno, imitación perfecta, preciosa simetría, preciosísimos jardines. New Haven es apenas un pueblo si se lo compara con Nueva York. Sus casas son rojas, laterales ensueños; sus tejados también en línea. Poco más de un día en Estados Unidos y ya era otro; el inglés aprendido a fuerza en casa, los textos leídos: innumerables; las conversaciones en el tenis, en Chapultepec, me recordaban la facilidad con la que me movía en ese idioma ajeno pero extraño. Y después aquel cielo fácil, despejado, azul. Todo parecía prometer cosas nuevas. Experiencias, vidas, textos, acciones: el mundo apenas nacido para mí. Atrás quedaban las envidias, pero también las tertulias apasionadas, los sábados en Sanborns, las largas partidas de bridge. Salvador, Gilberto, Agustín;<sup>3</sup> el estudio de la calle Donceles.

México; mi México.

<sup>3</sup> Se refiere a Salvador Novo (1904-1974), Gilberto Owen (1905-1952) y Agustín Lazo (1900-1971), tres de sus más íntimos amigos cuya proximidad se nota en las páginas siguientes. [T.]

---

Sin embargo esos primeros días fueron como la lectura: nada seguro, nada real. El riesgo nos hizo ir y venir en busca de la mejor posibilidad para habitar. Encontramos, cerca de la universidad, algo tranquilo, solitario, callado. Baño, cocina y dos recámaras; lo justo. Claro que no necesitamos más el caballero Rodolfo y yo. Mientras estoy aquí, intentando por última vez vencer este insomnio terrible, él duerme en la habitación de al lado. No lograr reconciliación con el sueño permite, al menos, el viaje. Recuerdo que Gide le hace decir al Benjamín que su hermano ha renunciado a ser quien era, porque él, antes viajero, ha preferido quedarse, para así evitarle el viaje ahorrándole la salida. Ahí está la clave: regresar añorando el lugar del que primeramente se huyó es igual a quedarse. O peor, significa volver incesantemente a la herida: abrirla, hacerla sangrar. Esto puede pasarme a mí, ahora que en New Haven empiezo a despedirme del Xavier que era, permitiéndome libertades antes nunca soñadas. Parece que ahora ya no se trata de ser una personalidad, hacer una personalidad; sino tan sólo de ser, existir: apropiarse de todo, hacerlo único, exprimirlo. Es demasiado lo que le pido a este viaje —quizá porque no va a repetirse— y poco lo que le doy,

---

pero es todo: liberarme. Habría acaso un agravante en el caso de regresar a México y añorar New Haven, sería el de haber proscrito así la vida, que es el entorno, lo real y cotidiano que conforma a la persona y la ubica. En ese mundo de muerte sólo quedaría resignarse a ser un cadáver. La capilla ardiente seguiría siendo la vida: un muerto continuamente expuesto a los ojos de todos.

Hay algunos profesores excelentes en esta gótica Yale; en especial Mr. Nicoll, un inglés que dirige la facultad y cuyo estilo es lúcido, riguroso, amable. Tengo además otras asignaturas: Dirección, Vestuario, Iluminación de Escena. Le saco jugo a todo lo que lo tiene, aunque a veces encuentro limones agrios, o secos. Rodolfo y yo asistimos con regularidad al teatro Schubert; sin embargo, cada quien hace su vida, al mismo tiempo independiente y propia, íntima, próxima y compartida.

¿Para qué escribir todos estos detalles cotidianos: bitácora de naufragio? No sé si es necesario perderse en corredores accesorios. Queda además la angustia y su cuerpo de yeso. La sombra de la angustia: una ligera opresión en el estómago, ganas enormes de dormir, pero nulas expectativas de poder

---

lograrlo. Sólo sigue el insomnio. Un consuelo: duermen los que no pueden gozar.

Habrá entonces que aceptar el insomnio como un necesario preámbulo del naufragio total, como aquel momento en el que el marino recoge sus pertenencias importantes y las ata para ver si así podrá salvar algo que le permita sobrevivir. El momento también en el que se tira al mar todo lo que sobra, lo superfluo, innecesario, pero doloroso. Es un instante en el que el insomnio desea cambiar de piel, incluso recibe al otro: fantasma, ángel exterminador que se apoderará del cuerpo llevándolo a la orilla, a una isla desierta a la que llegará exhausto, apenas mero estrago escupido, esculpido por el mar. Y en ese trayecto, en esa isla, mientras el náufrago espera a que el sueño venga por él y lo regrese a su tierra, éste tiene que hacerse de un mundo habitable, no mero asidero, sino casa, lugar de acomodo, de asiento: innecesaria alcoba solitaria. Nunca cuarto de reposo. El insomne no descansa: se obstina por salir y cae, derrotado, y su fatiga será desaliento, suspiro. De tanto querer escapar al fin se liberará de sus cadenas cayendo al sueño, esa otra forma de la muerte que lo llevará

---

a otra tierra, a otro mar,

ahí también naufragará...

Eterno Simbad de la noche: zarparé siempre aun sabiendo que el naufragio será absoluto. Ahora cierro los ojos. Es cierto: nada me sostiene y caigo en el vacío: abandonado ante la angustia, solo.

Ayer soñé con Roberto.<sup>4</sup> Me odiaba, ese sentimiento mezquino se volvía pintura, como todo en él: lo que siente es color. Así que el cuadro era terrible, yo aparecía como un ángel, especie de fantasma, adolorido extrañamente y no ahí, aunque no sea fácil de describir: en la ausencia: solo. Salvador me escribió una carta larga y detallada que leí varias veces: qué país el mío. Curiosamente, las cosas que cuenta no me dan nostalgia, es como si de pronto pudiera verlas con tanta amplitud que sólo me causan una sonrisa. Hasta los que me odian están lejos, pensé mientras leía esas amplias letras que escribe Salvador. Por eso me acordé de un texto suyo que, aunque escrito hace muchos años, no cambia su valor: “Sanborns, *the house of tiles*, se atesta de la misma gente. Hay displicencia en los

<sup>4</sup> Probablemente se refiera a Roberto Montenegro (1886-1968), pintor mexicano. [T]

---

pedidos y en las actitudes. ¡Qué México! Se aburre uno. ¡Todas las tardes té, mermelada! ¡Y ni siquiera se puede hablar de algo nuevo que le haya sucedido a alguien! Fumar... Esta boquilla está esmaltada. Parece que las Pavas Reales van a poner entre las lámparas...”. Todo parece ser lo mismo, la vida sigue igual en su curso monótono, monocorde: compás millones de veces tocado, son de cuanto tiempo, ritmo pasado de moda, imperante por el absoluto anacronismo de todos. Y Estados Unidos es aún peor: más frívolo, infantil, ingenuo, ensayado. México —es un consuelo— todavía sigue siendo humano. No es una máquina.

Este cuerpo ya no es mío, la cama no me pertenece: la comparto con algún ángel que se ha posado en ella. Ya no es el miedo a estar solo, es la duda. Ruidos y silencios. La noche como una larga calle por la que echamos a andar. Morir es despertarse, y entonces ¿quién es este viento que ha venido a posarse, a encontrarnos? ¿Por qué ya no se es más que un cuerpo vacío que ese otro ocupa?

Esta piel desnuda, delgadísima que no sabe si podrá soportar la travesía, si acaso no quedará anclada en el mar de la ansiedad, de su propia desesperación

---

por llegar, cuando lo que importa es el camino, no la meta. El sabio opone su ser al del triunfador. El segundo ve sólo la meta; al primero en cambio lo que le importa es la búsqueda, el trayecto: camino en el que se enriquece. La duda también es un aprendizaje.

La duda que como una prostituta cobra el haber ocupado el cuerpo y su precio es altísimo, irrespetuoso. Borra aquella seguridad cómoda, desprovista de miedos y la llena de sombras que no conocen, que nada saben,

que nada dicen.

El otro día, caminando, vi una mujer que empujaba un perro pequeño, obstinado, que se quedaba oliendo el pasto. Cada jalón representaba una entrega desmedida. La mujer sudaba, su sombrero se movía y el vestido se doblaba. Luego seguía una minuciosa operación para recomponer su maltrecho estado. La mujer, sin embargo, volvía a jalar al perro y a quedar desaliñada. Por fin, el animal pudo liberarse de un tirón y —ahora sin oler más la hierba— salió corriendo despavorido. La mujer chillaba pitudísima llamándolo y —desposeída de su elegancia y decoro— se lanzó a correr tras él igual de despavorida, con el rostro mismo del perro. Igual pasa con



---

el insomne que ha estado demasiado tiempo persiguiendo el sueño: llega el momento en que gana. Su rostro será desfigurado hasta convertirse en el del soñado, y así soñador y soñado se confundirán en un mismo cuerpo que volverá a perder inevitablemente el rumbo.

¿No será éste también un sueño donde todo se escapa, todo nos huye, como si nuestra presencia fuera a privarle la vida, a no dejar que oliera el aroma de la hierba: natural, espontánea?

¿No será la vida también un sueño en el que estamos prisioneros?

Me levanto. En la mesa tengo un vaso de agua. Tomo un poco y siento el alivio de pisar la tierra de nuevo, de volver a la realidad. Del farol a la habitación hay un largo trecho que no impide que este lado del cuarto tenga luz toda la noche. No me molesta y no voy a poner una cortina más gruesa. Esa luz, cada vez que la veo al voltear, me recuerda que existo aún y que hay un mundo afuera de mí: tan fantasma, tan nada. Al volver a la cama siento que la piel húmeda de la espalda se pega demasiado a la tela. No había notado el sudor. Estoy empapado. Es quizá un símbolo de la lucha, en la que he salido vencido. Aparto todo. Intento —¿será posible?— caer en mi sueño.



---

DEL LIBRO *PARAÍSO CLAUSURADO*

II

Pasaron algunos años antes de que volviera a ver a Gavito, No regresé a México y él nunca quiso pasar una temporada en España. Al principio las cartas eran esporádicas, como si le hubiera dado gusto separarse de mí. Así pensaba: Gavito al fin se deshizo de mí. Un año después de mi partida recibí una carta hermosa, quizá la más hermosa de su correspondencia. Se encontraba en São Paulo, donde impartiría un seminario como profesor invitado. El viaje —o los nuevos aires, qué sé yo— lo habían cambiado radicalmente. Eso, al menos, era lo que se deducía de sus líneas. Todo se había hecho con rapidez, me explicaba, y aún no podía acostumbrarse a su nueva residencia. Se había hecho amigo de un buen poeta. Me escribió: “Es un maldito, él ha captado en unos cuantos versos lo que yo no he podido decir con mi novela”.

Su nuevo amigo. Paulo Leminski, había dirigido en los sesenta la revista *Invençao*, y en un epitafio había resumido todo. “¿Me entiendes, Eladio?

---

Todo.” Porque, decía Gavito, que había captado gracias a Leminski, a pesar del carácter extremadamente barroco de la melancolía contemporánea, su mejor expresión sigue siendo lacónica. Como los versos que citaba:

Aquí yace un gran poeta  
Nada sino él dejó escrito.  
Este silencio, acredito,  
son sus obras completas.

—Por eso, Eladio, Leminski ha dado en el clavo. Tal vez yo no vuelva a escribir —me explicó.

Estas últimas palabras nunca fueron menos verdaderas, el periodo de São Paulo fue prolífico, al menos pensando en las pocas páginas que Gavito escribía al año. Con Leminski su visión de la melancolía abandonó la solemnidad ritual de sus inicios y empezó a ganar en humor. Un humor negro, es cierto, pero aunque la risa se te congelara en mueca, los textos de Gavito, en esa época, parecían cuadros del Bosco. Se lo dije en otra carta.

---

Él —que pasaba por una etapa de *éxtasis fórico*, como llamaba a sus raptos creativos— se apresuró a corregirme. Sus últimos textos deseaban parecerse a los trípticos de Max Beckmann, en especial a *La partida*. No daba más datos y sólo cuando comencé a ordenar sus papeles recordé esa carta y fui en busca de los nueve trípticos de Beckmann a los que se refería. Como sucede muchas veces con las declaraciones de ciertos escritores, ésta de Gavito no me llevó a ningún lado. Fui incapaz de reconocer la afinidad que aseguraba. Entonces fatigué sin éxito sus apuntes, tratando de encontrar alguna pista, una de las pequeñas claves de las que está compuesta la vida de los críticos literarios, y que son su única recompensa.

En vano. Mientras más me acercaba, más extraviaba el sendero. Envié una carta a Diana, preguntándole. Yo sabía que ella era reacia a hablar del viaje de Gavito a São Paulo, por muchas razones que explicaré después, pero no me quedaba otra opción que interrogarla. La ironía, ahí estaba la llave perdida. “En el blanco y negro de los trípticos de Beckmann — escribía Diana a vuelta de correo— creía hallar el laconismo que buscaba en esos años para su prosa. Pero, sobre todo, en él encontró la ironía que

---

tanto ansiaba. O mejor, la forma de llegar a esa intensidad sarcástica. Para Gavito la risa debía convertirse en una forma del conocimiento.”

La pequeña misiva de Diana me trajo de vuelta a un texto que Gavito ponderaba. Su conocimiento le vino de Leminski. Se trataba de un relato que refería el encuentro entre Hipócrates y Demócrito. El reputado médico curaría al filósofo, atacado de locura a decir de sus vecinos los abderitas, ya que no haría otra cosa que reír. Cuando Hipócrates se presenta ante él, Demócrito se halla disecando animales para encontrar la fuente de la melancolía. En este mundo de locos —*enfermo sin saberlo*, decía Gavito—, concluye Hipócrates al saber la razón de su risa, Demócrito es el único cuerdo.

Me interesa hablar de Gregor Brüchner. En las primeras noticias de Gavito desde Sao Paulo aparecía el nombre del emigrado alemán con quien, pensé en un principio, Gavito había trabado amistad a través de Leminski. En otra carta, sin embargo, se aclaraba la aparición de Brüchner. “Su figura, la de un poeta emigrado que ha dejado de escribir —escribía Gavito—, me va a permitir un desdoblamiento enorme. Con él, o mejor, desde él, voy



---

a decir muchas más cosas en la novela de las que imaginaba.” No sé hasta qué punto el heterónimo estuvo presente a partir de ese momento. Muchas veces me ha hablado, después, de Gregor Brüchner como si realmente existiera. Una ocasión, por ejemplo, luego de muchos años, ya en México: “He recibido una carta de Gregor, Eladio. Ahora sí está loco el viejo. Ha decidido trabajar en un faro, en un inútil faro de la noche. Ha ido a vivir a un puerto perdido entre la bruma y el espanto”. Luego no pude sacarle una palabra más. Pero algunos de esos lapsus revelan, a mi parecer, el carácter de la relación que, desde ese primer encuentro, Gavito mantuvo con su heterónimo. Brüchner, por cierto, había conocido a Fernando Pessoa, otra de las obsesiones de Gavito desde entonces, según queda plasmado en el capítulo “Epanaphora del amor ausente”, con el que pensaba iniciar su *Grande Theatro de la Melancholia o El silencio de las sirenas*, título con el que empezaba a coquetear. Pero la presencia del poeta alemán no sólo le permitió la libertad que quería. Gavito trabajaba de noche y en la mañana sólo podían verse restos de Brüchner, en quien se había convertido para escribir. “El dolor esencial de ser hombre, eso es lo que busco descubrir

---

con la escritura —decía Gavito que pensaba Brüchner—, el demonio que intento apresar y con el que luchó todas las noches tiene que ver con el poder.” Esos restos de Brüchner se iban alejando de él durante el día, hasta volver a ser Gavito.

Para él, la composición de su novela era, esencialmente, un problema. La misma lucha titánica de sus personajes por no depender de los otros la libraba con las palabras. “Se avanza y se tropieza. No debí haber empezado nunca este libro maldito —me escribió en un ataque de depresión. Él hubiera odiado esa palabra en medio de sus días alegres, es decir, casi tristes de São Paulo—. Llegar al fondo, de eso es de lo que se trata”, concluía.

Por eso el heterónimo le permitió tantas cosas. Es Gregor quien se ocupa del *problema* de la composición literaria, no él. Le preocupaba no poder resolverlo. No se trata de racionalizar el temperamento melancólico, con lo que pierde su espíritu, tampoco de comprenderlo. Había que invertir la noción de *hybris* de la tragedia griega: narrar no es otra cosa que ahondar en las heridas, pensaba Gavito. Con Brüchner no se inventó un personaje, se permitió descubrir una parte de sí mismo, creyó dominar su

---

demonio. En una nota, perdida entre sus cuadernos, escribió casi al final: “Ya, ¡déjalo morir!”. No puede saberse si se refería a Brüchner, personaje principal de esa libreta de apuntes, o a sí mismo. Lo cierto es que no se logra entender la obra de Gavito sin referirse al poeta alemán nacido en Colonia en 1905, con el que compartió veinte años de vida y de miedo.

Pero volvamos a São Paulo. Siempre que escribo sobre Gavito las fechas se me superponen con una rapidez asombrosa. Y es en realidad de esos años de creatividad de los que quiero hablar ahora. Gavito vivía en un hotel, detestaba esas actividades cotidianas que permiten mantener una casa en orden y prefería la comodidad de unas sábanas limpias cada día. “Hay otros —escribía— que ven los hoteles como horrorosas antesalas de la impersonalidad, del fracaso. Las sábanas recién cambiadas les dan asco y prefieren dormir en las suyas sudadas y sucias de una o dos semanas. Odian despertar en una ciudad desconocida y fría como sus cuerpos insatisfechos e inseguros. ¿Por qué? Yo, por ejemplo, amo entrar a un hotelito que desconozco: reconocer el nuevo territorio, tirarme en una cama distinta, con sábanas limpias y medir la dureza del colchón bajo mi espalda”.

---

Todas sus cartas están escritas en papel membretado, con los datos del hotel. Nunca he ido, aunque tal vez me haga falta para reconstruir con precisión los días de Gavito en esa ciudad a la que su novela inconclusa le debe tanto. Ya he hablado de Leminski y de Brüchner, dos figuras esenciales, pero la más importante, según yo, todavía no ha aparecido en estas páginas: Amparo dos Santos, una bailarina de café, amiga de Leminski y que Gavito conoció poco después de su llegada. “La mujer —me escribió en una ocasión— es otra cosa. Una mujer puede tener muchos hombres, pero un hombre muy pocas veces logra tener siquiera una mujer.” El crítico aforismo no me dijo nada en un principio, pensé que se trataba de una abstracción igual a cualquiera de las que Gavito frecuentaba. Más tarde, en cambio, se aventuró a un gesto que, estoy seguro, exigía mi pregunta: “¿De quién se trata, maestro?”. “Hay una mujer”, me escribió. Y entonces yo lo cuestioné en mi siguiente carta. “¿Cómo suceden la cosas? ¿Qué las mueve? —me decía a vuelta de correo—. No son las palabras: ¿a quién le importan las palabras? La primera vez que la vi estaba hablando por teléfono, en una pequeña cabina de madera dentro del bar. ¿Sabes quién es?, le pregunté a

---

Leminski. ¿La mujer? Sí, La Mujer, le contesté en mayúsculas. Una amiga, es bailarina en una cantina de los suburbios.”

Así seguía interminable, prolija, la carta de Gavito que en un párrafo se demoraba en la descripción de la mujer —las caderas volvían con recurrencia— y en otro intentaba contar sus primeros encuentros. Porque eso sí tenía Gavito: las mujeres lo adoraban aunque él se resistiera. La carta terminaba sentenciando: “Se llama Amparo dos Santos. Nunca olvides ese nombre”.

Durante el verano ella le propuso —lo supe muchos meses y cartas después— que se fueran de viaje a Río. Alquilaron una casa que daba al mar y ahí escribió buena parte de su relato sobre Pessoa, al que ya me he referido, y algunos aforismos de Gregor que pensaba intercalar en el texto final. Empezaba a leer sobre Wittgenstein, aunque todavía no esbozaba la idea de incluir un fragmento apócrifo del *Tractatus* sobre la melancolía en la novela. Lo que no lo abandonaba era la problematización de la estructura. “Creo —escribía— que en lo fundamental el arte de la novela es elástico. En ella cabe todo. Quisiera lograr que la anécdota no estuviera supeditada al aspecto filosófico, pero que no pudiera entenderse sin él. Al ensayo en novela le temo: sostiene una

---

verdad, como en Broch. Las ideas del novelista no nacen de la certeza, madre de todos los aniquilamientos creativos, sino de la duda, hermana mayor del conocimiento. Por eso, más que una verdad, toda novela afirma una hipótesis.”

Entresaco de las varias cartas de ese entonces lo que tiene que ver directamente con su obra. En realidad son pocas frases, estaba embebido en su relación con la bailarina a la que —ya de regreso a São Paulo— iba a ver bailar todas las noches. El espectáculo se prolongaba con la misma intensidad de los whiskys y luego ambos regresaban abrazados al apartamento de ella o al de él, nunca de forma premeditada. Tengo una foto en la que se lo ve salir de un bar con ella. Gavito sonrío, la mujer se cuelga de su brazo. Es tan alta como él y concuerda con las descripciones de mi maestro. Al dorso, antes de enviármela, escribió: “Qué desgraciado Chamfort, Eladio. Tenía razón: el amor es semejante a las epidemias. Cuanto más se les teme, más expuesto a ellas se vive”.

La epidemia de Amparo dos Santos duró casi todo el tiempo que Gavito pasó en São Paulo. Tuvo dos momentos críticos. El primero, si hemos de creer en la correspondencia de Gavito, mi único informante al respecto, sucedió en Río. Fueron a una cantina y ella se encontró con un

---

viejo amigo. “¿Por qué las mujeres se encuentran siempre con sus viejos amigos y nunca con sus viejos amantes, Eladio?” Ella bailó toda la noche, o por lo menos el trozo de noche que Gavito soportó antes de regresarse solo a la casa. “Amparo llegó al amanecer, ¿te imaginas? Ninguna explicación. Yo no se la pedí, además. Sobraban. Salí solo, a caminar por la playa. Pero fue Amparo la que no soportó más de un día de silencio de mi parte. ¿No me vas a preguntar nada acerca de anoche?, me dijo. Y yo le contesté que por supuesto que no le iba a preguntar nada. Ella entonces hizo la maleta y se regresó a São Paulo. A mí tal vez, pensé cínicamente después, me hacían falta unos días de soledad e incluso su ausencia física para terminar el relato sobre Pessoa. Cuando lo logré, sólo entonces, hice mis maletas y cerré la puerta. El problema de la posesión —concluía Gavito en su carta más confesional— radica en la ridiculez del rasgo. En realidad no se posee, se es poseído por los caprichos del otro. Como dice Gregor Brüchner: “Hay un momento del enamoramiento —esa enfermedad que nos deja ciegos— en el que un odio hacia el ser amado es inevitable. Lo odiamos porque dependemos de sus caprichos. Lo demás es nostalgia.”

---

Una semana después de su regreso fue por Amparo. Ella no aceptó verlo de nuevo. “Podía aceptarlo todo de él —le dijo, me escribió Gavito—: Que le pegara, que la reprendiera por esa noche de baile, pero no su silencio. Porque del silencio nadie puede defenderse y de los golpes sí.”

Uno o dos días después fue ella la que lo buscó y no volvió a hablarse del asunto. En cambio, poco antes del regreso de Gavito a México, vino el rompimiento definitivo. No hubo escenas, ni final, ni adioses. Cuando Amparo dos Santos supo que él iba a volver y que no le había hablado de llevarla, desapareció. Gavito y Leminski la buscaron sin éxito, parecía haberse esfumado. “Guardo de ella una blusa negra que olvidó en mi departamento, un frasco vacío que alguna vez tuvo perfume. Ninguna carta. Una tarde en Río, frente a las olas. Ningún olor. La forma en que temblaban sus labios al hablar. Su rostro, en cambio, se ha desvanecido por completo. No puedo recordarlo, aunque lo intente”, escribió en un fragmento de su diario, muchos años después.

De aquellos días sí quedaron huellas en sus escritos. Varias improntas que el ojo avezado puede detectar sin dificultad.



---

DEL LIBRO *EL IMPOSTOR*

I

Córdoba, provincia Bética, *circa* 94 d.C.

Mata si eres capaz y si no te queda otra alternativa. Asesina cuando lo requieras, pero intenta que tu corazón esté siempre libre de rencor o de ira. Deja que las cosas se desvanezcan, como la nieve de la montaña. Así me aconsejó mi padre antes de dejarme marchar a Roma, la ciudad que sellaría mi destino. Recuerdo sin odio, pero no puedo evitar que la sangre se derrame por la tinta de estas páginas.

Esta no es mi historia, es la de Pablo de Tarso, en Cilicia.

Yo soy un aventurero, su acompañante y ahora su memoria.

Esta es la verdadera historia de quien mintió para vivir.

Déjame hablarte, lector, en estas páginas que no serán siempre placenteras. Te esperan en ellas muchas peripecias. Habrá sangre y amor, muerte y traición, fe y despropósitos. Los mismos de la vida, que nunca

---

tiene otro sentido que llevarnos al último día, tan cercano para mí ahora.

Éste que dicta, porque sus fuerzas no le alcanzan ya para escribir y debe confiar en su amanuense aunque a veces tome la pluma para completar una idea, es un viejo desdentado a quien le mojan el pan con leche de oveja cada mañana para que desayune. Quien ahora parlotea, entonces, en lugar de recibir el dictado de otros, es un hombre solo, acostumbrado a ser siempre compañía. Puedes llamarlo Timoteo, querido lector, si te place asignarle un nombre a quien te habla con estas palabras. Soy un viejo que le teme a su imagen, la rehúye. Tuve, sin embargo, en la belleza mi principal virtud. Acompañada de silencio puede abrir muchas puertas. En la juventud se anhela vivir mil años; yo ahora, a mis ochenta y dos, como la Sibila de Cumas, solo deseo morir.

Nadie es tan viejo, sin embargo, como para no ser digno de un nuevo día. Hoy amezco en Córdoba, en Hispania Ulterior, tan lejos; hasta aquí anhelaba mi maestro y amigo llegar algún día con su prédica a los gentiles. Y en esta tierra de clima tan bondadoso vino a morir hace ya veinte años, aunque oculto tras una falsa identidad, si acaso tuvo alguna verdadera

---

un día. Me han dejado su habitación, su ropa, sus libros. Cuido de su correspondencia; la releo con cierta sorna, la del que sabe la verdad que esas palabras ocultan con gracia.

Por esa verdad ahora empiezo estas curiosas memorias que cuentan en realidad la historia verdadera de las mentiras, porque la vida suya, la de Saulo de Tarso —o Pablo, como vino a llamarse él mismo un día, inventándose un lugar de nacimiento— fue la de un grandísimo fingidor; el mejor a mi juicio, si acaso importa. Aunque si te encuentras leyendo estas líneas es porque ya todos los implicados en esta historia hemos muerto, olvidados. Dicto en griego, una de las cuatro lenguas que domino, aunque no puedo dejar de salpicar mis palabras con el latín que se habla en esta casa y que aprendí de joven, cuando mi padre me envió a Roma buscándome un oficio rentable.

El filósofo que nació en esta casa, y cuya viuda tanto nos protegió, dijo bien que las mejores cosas escapan volando y las peores las suceden. Ahora dependo para sobrevivir de los favores de su sobrino, Lucilo, quien también teme por su vida si regresa a Roma; él y su familia, tan cercanos a la de los césares.

---

He de referir algunas de esas aventuras: hacer algo tan odioso como perorar sobre mí antes de relatar los hechos de Saulo, o los nuestros si se quiere. Nací en Listra, al sur de Iconio, en una ciudad de gentiles. A la pequeña villa que las cartas de Saulo llaman pagana se llega por el mismo hermoso camino romano que parte de Antioquía de Pisidia. Mi padre, residente del lugar, cobraba impuestos en la producción de granos; era un judío, pero trabajaba para los romanos. Desde niño, por ello, estuvo echada mi suerte: yo sería formado como espía militar. Tan pronto pudiera portar la toga viril romana iría, como ciudadano del imperio, a formarme a la capital dentro de la temida Guardia Pretoriana. Mi padre había ahorrado sestercio tras sestercio desde mi nacimiento para no frustrar ese deseo de triunfo depositado en mi persona. Nunca me representó una carga, he de decirlo: antes bien fue un alivio dejar el clima caluroso y casi desértico ante el mundo poblado por todos los mundos que es Roma. Abandoné Listra con pocos recuerdos y ataduras. Una carta mensual a mi madre, una parte de mi salario enviada a mi padre, hacían el trabajo que mi memoria rehusaba.

---

Roma era una ciudad interminable; en sus calles podía uno perderse. Pronto supe que también en sus mujeres, que me brindaron cobijo. La belleza abre puertas insospechadas: los que para otros eran umbrales infranqueables se convertían para mí en pasillos a placeres y licencias que la edad o el dinero de otra forma prohíben. Era demasiado joven, sin embargo, para entender que si uno encuentra miel debe comer lo justo, porque si no, se harta y vomita. Hube de aprenderlo con el tiempo y con las penas.

En un inicio Roma fue el paraíso. Llegué a la ciudad el mismo año en que el emperador, Tiberio, se retiró a Capri. Dormía en las barracas pretorianas, me entrenaba y me hacía hombre en las afueras de Roma, en la colina Viminalia. Y allí conocí al todopoderoso Lucio Enio Sejano, a quien mi suerte estaría desde entonces encadenada.

—¿De dónde eres? —me preguntó la primera vez que reparó en mí, al pasar revista. He dicho antes que la belleza me abrió muchas puertas. Debajo de esas cejas tensas como arcos a punto de disparar su flecha, sus ojos me herían. Pronuncié mis señas, la lejana ciudad de la que provenía,

---

el nombre de mi padre que no debió decirle nada, y susurró unas palabras al centurión que nos adiestraba. Me golpeó en el hombro con su *gladius* enfundada, en señal de aprecio. Esa misma noche entré en sus aposentos.

Sejano no comía: devoraba. Se metía enormes pedazos en la boca y chupaba uno a uno sus dedos en medio de eructos, como si fuese a vomitar lo que ingería. Mientras daba cuenta de no sé qué bestia asada, bebía de una enorme copa de oro. Un manumiso me indicó que me reclinara en un sillón contiguo.

—Eres alto y fuerte, muchacho. Muy fuerte para alguien de tu edad —dijo interrumpiendo su ingesta, pero sin dejar de beber vino—. Y virgen, seguramente.

Al ver cómo me sonrojaba, se explicó:

—No te quiero para mí, descuida, sino para Tiberio. Pero no puedo llevarte con él así, como un salvaje. Vivirás aquí, lejos de los demás soldados; yo te enseñaré lo que tengas que saber de la milicia. En esta casa aprenderás cosas mucho más importantes, cosas que te harán delicioso para el emperador, uno de sus favoritos. Anda, come, debes estar muriéndote de hambre.

---

Horrorizado por el espectáculo de mi anfitrión al comer, pude yo mismo ingerir un poco de carne, mucha fruta y agua. Un esclavo nos proporcionaba aire fresco y otros hombres, más lejos, cantaban y tocaban sus instrumentos. Esa misma noche, como si Sejano no quisiese perder un instante, me acompañó a mi nueva alcoba y pidió al eunuco manumiso que me había recibido al entrar, escoltado por mi centurión, que me dejara poseerlo.

Ahora, siendo tan viejo, mientras lo escucho de mis labios y mi amanuense lo escribe, suena casi sencillo. El eunuco era bello, de rostro hermoso, como esculpido en piedra. Sejano le ordenó que me untase aceite en el cuerpo. Mientras él bebía, daba grandes carcajadas y seguía comiendo, ahora fruta, el manumiso me desnudó; poco después, con dulzura, comenzó a acariciarme. Sejano, a mis espaldas, me fue indicando qué hacer hasta que con un último gesto penetré al eunuco; el hombre chilló, nunca supe si de placer. Yo mismo no sabría definir si lo que sentí fue goce o miedo: pronto me desparramé dentro de él y me pareció morir. Estaba exhausto. Otro criado me ayudó a vestirme; las piernas me temblaban. Luego Sejano y yo nos quedamos solos.

---

—Hoy has aprendido solo una parte del juego de ser hombre, Timoteo: la menos dolorosa. Hoy sabes lo que sentirá Tiberio cuando te penetre y se satisfaga con tu carne. Pronto habrás de entender que lo difícil es resistir. Esa será mi mejor herencia, enseñarte los secretos de la sobrevivencia. ¡Ahora vete a dormir!

No pude casi conciliar el sueño. A la mañana siguiente empezó mi adiestramiento en las artes de la esgrima. Sejano utilizaba una hermosa espada gala, que aseguraba había pertenecido a Julio César mismo, y yo una pesadísima y fea. Así pasarían los días: horas y horas de la mañana dedicadas a las armas, y las de la noche reservadas para los placeres de la carne. Aprendí a comer, a beber y a vestir. Entré a casa de Sejano siendo un *puer*, un niño que recién ha dejado de ser amamantado, y salí años después hecho un hombre. No solo por los aprendizajes militares, que me serían útiles el resto de la vida, no: en realidad aprendí a utilizar la verdad, a cambiarla, a modificarla. Un día Sejano me lo dijo:

—Recuerda que saber demasiado conlleva peligros infinitos. Pero no se trata de no saber, sino de ocultar que sabes y manejar la información a

---

tu antojo. Ese es el verdadero genio del espía: poder crear miedo en quien debe sentirlo y seguridad en quien te paga por esa información preciada.

Aunque me di cuenta de esto únicamente pasado el tiempo, ya estando en Capri, en los aposentos del viejo Tiberio.

Así, lo que mejor aprendí en esa casa fueron las artes del espía, en las que Sejano era un maestro indiscutible: mentir, intrigar, manipular. Hora tras hora le vi utilizar las mejores que un impostor pueda tener. Y, al menos eso me parecía entonces, era invencible: todos sus enemigos perecían, caían en desgracia o eran cruelmente desterrados. Tiberio lo requería para poder desaparecer por años en su isla. De Roma hacia su retiro confiaba ciegamente en lo que Sejano llevaba y traía. Muchos destinos se decidieron en ese ir y venir de rumores.

En Capri serví para los placeres del emperador.

—Estupendo, estupendo —dijo Tiberio al verme desnudo, antes de invitarme a su piscina—, he tenido mancebos de todo mi imperio, pero nunca un hebreo, un circuncidado como tú. ¿Te habrá dolido perder el prepucio?

---

En el agua chapoteaba con un par de niños, gemelos, que jugaban a tocarse los órganos sexuales y masturbaban al emperador.

—Ven, anda; entra con nosotros. ¡No seas tímido! Este es el lugar más dulce de todo el imperio, muchacho. ¡Goza con nosotros!

Esa fue la primera de muchas tardes al lado del emperador. No se cansaba de sus juegos sexuales. Había hecho dibujar los techos de su villa al estilo de Parrasio con escenas concupiscentes que buscaba reproducir. Le encantaban los niños; le excitaban, lampiños, con sus juegos absurdos.

Hizo de mí su favorito. Traían a mi aposento viandas exquisitas: veinte platillos distintos para que mi potencia viril aumentara. Mi vigor era mi única suerte, mi único presente.

Calígula, su sobrino, también me encontró simpático, o rivalizaba con su tío y me buscó como otro compañero de juegos, a pesar de que tenía allí a su amigo Agripa, quien se había criado en Roma y no en Galilea, donde su familia reinaba al servicio de los romanos. Un día me espetó:

—Debes prepararte, Timoteo. En el momento menos esperado Tiberio se aburrirá de ti, encontrará un nuevo pasatiempo más exótico. ¿Has

---

pensado en cuál será tu futuro entonces, cuando el emperador te deseche?

Por supuesto, no lo había hecho.

Un día, sin embargo, en que el tío estaba más caprichoso que de costumbre, Calígula iba a ser castigado por negligencia. Me eché la culpa ante Tiberio: le dije que en realidad a mí me habían encargado avisar a los cocineros que el emperador deseaba que se guisasen unas pequeñas aves que le trajeran unos campesinos, aunque bien sabía que era Calígula quien olvidó el deseo de su pariente.

No me ofreció su amistad al instante, al contrario: me costó trabajo formar parte de su verdadero círculo, algo que después agradecí. Fue más bien a través de Agripa que pude acercarme a Calígula.

Fuimos los tres a una excursión a la playa. Los amigos se adentraron en el mar, eran dos jóvenes que jugaban como niños pero se preparaban para gobernar su mundo. Ya lo dije, lograr que yo no estuviera cerca de Tiberio le hacía gracia a Calígula. Una ola, aparentemente inofensiva, se los llevó mar adentro. Tardé en darme cuenta de que en realidad se hallaban en peligro; los vi desaparecer en el mar y luego reaparecer, o más bien solo algunas

---

de sus extremidades. Nadé esforzándome mucho hasta encontrarme con ellos: Agripa intentaba salvar al amigo que parecía haber sucumbido a la embestida de las olas, pero ambos estaban ya maltrechos, semihundidos. Los tomé con fuerza del cuello y como pude, haciendo descansar a uno en mis hombros, jalando al otro, braceé hacia la playa. Tuve suerte, o las olas y los hados así lo quisieron, pero pronto los tuve en tierra y pude hacerlos expulsar el agua salada que habían tragado. Unos esclavos se acercaron, alertados por mis gritos, y traían al médico de Tiberio y unas camillas de tela y madera en las que trasladaron a los sobrevivientes.

—Te ofrezco mi amistad —me dijo Agripa esa noche—. Y el eterno agradecimiento de Calígula, quien valora tu sacrificio. Pudiste haber muerto por salvarnos.

Esa oferta de ágape fue decisiva para mí. No puedo evitar sonreír mientras lo dicto a mi amanuense; sin dientes, pero sonrío.

Pues a todos, alguna vez, nos abandonan los dioses. La vida pasa demasiado rápido como para que tomemos decisiones; nos arrastra en su torbellino sin que nada podamos hacer. Vivir en Capri era habitar en el

---

peligro: un día Tiberio te mandaba llamar a sus juegos, otro prescindía de ti. Un día Sejano cayó de su gracia y fue Macrón, el jefe de la Guardia Pretoriana, quien asumió el papel de consejero y guía del viejo emperador. Y también, como veréis, de mi humilde persona, ya que Macrón adoraba a Calígula y tenía sus propios conciliábulos con él y con su amigo Marco Julio Agripa. Cuando Tiberio decidió regresar a Roma después de mandar ejecutar a Sejano y a su propia esposa por adúltera, seguí a mis nuevos protectores y sellé la suerte de mi vida entera.

Un día, ya en el largo e infausto viaje a Roma, supe lo que era el dolor.

Mi cuerpo, aún joven entonces, padeció a Calígula; ningún otro hombre se le puede comparar. A veces, cuando se es muy joven, se cree que la belleza física lo podrá todo y se descuidan otros encantos. Mis años con Sejano me habían servido, sin embargo, lo suficiente para no caer en esa soberbia; utilizaba desde entonces mis atributos físicos y el poder de la intriga, porque la belleza se marchita pronto.



---

DEL LIBRO *MAR FANTASMA*  
*CUATRO NOVELAS BREVES*

*En fa sostenido,  
para Andrés Trapiello*

*Suave es observar desde la orilla el naufragio de otro. Suave es contemplar desde lo alto del bosquecillo a los guerreros que se matan entre sí en la llanura. Suave es hundir el mundo en la muerte y contemplar la vida sustrayéndose a todos los vínculos y a todos los temores.*

LUCRECIO, según Pascal Quignard

*El arte de perder no es difícil de aprender. Tantas cosas parecen querer extraviarse que perderlas no acarrea ningún desastre.*

ELIZABETH BISHOP, según ella misma



---

PRIMER CUADERNO DE NOTAS

I

Mi amiga del cuello largo habla esta mañana y me pide que acuda a su país frío. Dice:

—Me ha pasado algo terrible, una experiencia agria.

Nada cambia: el uno o la otra nos llamamos y huimos de nosotros para reencontrarnos.

Cuando al fin nos vemos, nos quedamos callados o parloteamos de pintura —su vida— o de música —la mía—. Luego cerramos la boca y usamos otras partes del cuerpo para intentar comprendernos.

“Esta vez no será la excepción”, me digo al colgar el teléfono, mientras siento el peso enorme de la soledad. Una soledad estruendosa.

Entonces la imagino, a mi amiga del cuello largo, recostada en su cama, tocándose la piel húmeda en medio de ese silencio de final de tormenta de su ciudad enana, de juguete, en su país frío.

II



---

Tomo un avión y luego otro y luego otro pequeñísimo. El viaje es personal, el viajero anónimo. Cada uno de mis compañeros de vuelo es una historia íntima, oculta entre las nubes. Al llegar encienden veloces sus teléfonos móviles, como si hablasen solos.

Y hablan y hablan pegados a sus aparatitos.

Además de frío, el país de mi amiga es lejano.

Olvido el frío y pienso en su cuerpo de oboe. Un cuerpo que alguna vez creí tocar con cierta maestría. Hay cuerpos tensos como cuerdas en un *fortissimo*, cuerpos de marfil y ébano que necesitan afinación constante, cuerpos de bronce que son impenetrables.

Pero el cuerpo de mi amiga no. El cuerpo de mi amiga es de madera y sus notas son graves como *adagio* de Albinoni.

Muchas veces mi amiga pide que toque un poco. Sabe que he dejado la interpretación y que dedico mis horas a transcribir para otros las notaciones de mis maestros antiguos. Las horas del sueño son solo más. Pero a ella no

---

le importa. Me pide:

—Toca un poco.

Y yo vuelvo, con mis dedos sobre el piano, a ensombrecer groseramente la frágil superficie del silencio. El silencio tiene piel de mandarina.

Ahora improviso, sin darme cuenta, unos acordes sobre la mesita del avión ante la mirada confundida de mi vecino.

Pienso: “¿Qué puede asombrarlo si él lleva alpargatas azules, blusón amarillo y un pantalón verde que le termina tímidamente apenas debajo de la rodilla, como si se hubiese escapado de un cuadro de Degas provisto hasta con caña de pescar?”.

*Piano, pianissimo*, dicen mis dedos.

Aterrizar nunca es un alivio.

---

### III

Es invierno en el país de mi amiga del cuello largo y el cuerpo de madera. No importa: siempre es invierno allí donde ella ha decidido vivir y el gobierno se empeña en seguir sembrando hermosos parterres que al instante se marchitan o congelan.

En el país de mi amiga no hay hambre y sí, en cambio, flores nuevas. Moradas o amarillas o rojas.

Duran poco.

Al llegar, mi amiga me besa y abraza o me abraza y besa, no importa el orden. Solo sé que el saludo se prolonga y, cuando al fin regresamos a nuestros cuerpos, nos damos cuenta de que nada vale un “¿cómo estás?” o un “nada has cambiado”. Nos lo hemos dicho todo, nos lo hemos preguntado íntegro, sin respondemos. Nunca hay respuestas.

Es ella, sin embargo, con su largo cuello escondido tras una mascada de seda azul, quien sentencia:

—Ahora tengo la misma edad que tú cuando nos conocimos.

---

¿Recuerdas?

Ella siempre será menor y yo más viejo; la suerte de haber nacido casi dos décadas antes que mi amiga. El calendario personal no puede modificarse a capricho.

Tomo su mano y la llevo a mis labios. Le pregunto por sus animales, un perro odioso y un loro que estornudaba todo el día.

—Ya no soporto ningún ser vivo a mi lado —declara.

—¿Y yo?

—Tú solo has regresado de la tierra de los muertos.

---

#### IV

Antes de acostarnos ha abierto una botella de vino y cortado rebanadas de al menos media docena de quesos diferentes. Los comemos o engullimos como si fuese la primera comida desde que nos expulsaron del Paraíso. Dormimos abrazados, desnudos.

Cuando despierto me percató de su cuerpo de madera, delante del mío; de los olores a rancia humedad de los quesos; de mi brazo que la abraza. De nuestra posición cóncava. Nuestra piel sigue tocándose.

Ella duerme aún. Tiene en el rostro el pétreo espanto de una muerta.



---

V

No la apuro para que me cuente nada, para que exprese la acritud de lo que dice haberle ocurrido. Hago café mientras despierta y me doy un baño largo y beatífico. El vapor esconde mi cuerpo dentro de la ducha.

Luego espío sus cuadernos y bocetos, sus cuadros inconclusos, como un padre que espera encontrar una pista sobre el mal comportamiento de su hijo adolescente revolviendo sus cajones.

Hay mucho desorden esta vez en el taller de mi amiga del cuello largo. Parece que no hubiera tocado sus cosas en meses, lo que es imposible porque encuentro una paleta con pintura fresca y un lienzo a medio pintar. Me perturba ver un cuadro que no ha sido terminado, como cuando se contempla a esos embriones que los profesores de biología guardan en formol para asustar o asombrar el alma de sus alumnos.

La oigo llamarme desde su recámara y acudo, sin prisa, con mi taza de café y otra para ella. Al verme entrar estira su cuerpo de oboe sobre la sábana gris posando para mí.

---

Se desprezaba con un gemido de recién nacido.

Le tiendo su café. Ella lo prueba y, después de un mohín, me dice:

—Tuve un sueño terrible. Era yo de niña... o eso creo. Es tan confuso. Y estaba él, con su edad última y un látigo. Deseaba pegarme, lo sé, pero solo golpeaba la pared. El ruido mismo hacía daño, ¿entiendes?

Le confío, a riesgo de herirla aún más, que no comprendo porque no sé quién es “él”.

—El pintor del mundo flotante —intenta explicarse. Y es que, para ella, la frase explica todo.

—...

—Abrázame, por favor.

Y así nos quedamos largo rato hasta que mi amiga llora, como Beethoven al inicio de la octava sinfonía, sin aviso, con las fuerzas encandecidas del centro de la tierra.

Le acaricio el largo cabello marrón y me quedo callado. Una lágrima recorre la mejilla y deriva en su cuello.

Nada puedo hacer sino ofrecerle mi abrazo, inútil.

---

## VI

Por la tarde, mi amiga del largo cuello me dice que tiene hambre, que vayamos a comer y a caminar un poco. Yo asiento y ella, vestida de negro, delgadísima, sin una gota de maquillaje, se coloca un pesado abrigo, una bufanda de *cashmere*, guantes y unos lentes enormes que la ocultan.

Yo también me escondo en la ropa. Salir a caminar en la ciudad enana del país frío de mi amiga es una temeridad. Se lo digo y ríe. Por vez primera en todo el día, ríe.

Caminamos por un lago congelado sobre el que otros, más intrépidos que nosotros, patinan y ensayan piruetas. Ella ve miedo en mi gesto, me dice que en esta época del año no debo temer.

—No llegarías al fondo del lago. Te daría hipotermia —afirma casi científicamente—. Nadie dura más de ocho segundos.

Yo, que he regresado del territorio de los muertos, no oso decirle que ni falta hace, que ya soy un fósil, una curiosidad para los paleontólogos. Solo la tomo del brazo y caminamos, rodeados de árboles desnudos, vestigios de

---

una glaciación infinita que desde siempre intenta aniquilarlos.

—Pronto brotarán las hojas y se derretirá el hielo —dice mi amiga de cuerpo de oboe, dulce y triste como un *adagio* de Albinoni—. Volverán los barcos. Volverá la vida.

No sabría decir si se trata de una constatación de naturalista aficionada o de su última esperanza por recobrar la cordura.





---

## VII

Volvemos pájaros, pienso. Es la única manera de amarnos: ruidosos, francos, bebiendo agua fresca por las mañanas y regresando por la noche a la sombra silenciosa del follaje.

—Volvemos pájaros —le digo a mi amiga del cuello alto, del cuerpo de oboe, y ella me contempla ahora con sus ojos de arce. Y es que a fin de cuentas todo árbol aspira a ser ave.

Caminamos por el lago congelado hasta un restaurante fantástico. Así lo llama ella.

—Volvemos pájaros es nuestra única salida.



---

Producción y edición: **Carolina Domínguez**

Grabación y edición: **Gabriela Jiménez**

Dirección de Literatura

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Formación: **Guadalupe Silva Sámano / La Pleca**



Pedro Ángel Palou. *Teoría de la desilusión*, de la serie Voz Viva de México (VV-141) de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 15 de octubre 2019, en Offset Santiago, S.A. de C.V.,

Parque Industrial Exportec, Toluca, Estado de México, se produjo en Grupo Grovercom, S. de R.L. de C.V., Camino a San Mateo 114-A-205, Santiago Occipaco, Naucalpan, Estado de México.

Se tiraron 1 000 ejemplares en papel cultural de 90 grs. Se utilizaron en la composición tipos Garamond (10/14), Bodoni (7/9), Gill Sans (11/13 y 17/19), Frutiger (5/7). Impresión en offset.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Carolina Domínguez.